



Lo que la realidad no me dio

Aichetou Ami



VI CONCURSO DE RELATOS CORTOS DEL SERVICIO DE APRENDIZAJE DEL IDIOMA DE CEAR

En un mundo lejano, donde las sombras no limitan la libertad, camina una niña con pasos seguros. Mira a su alrededor y descubre que el cielo es más amplio de lo que estaba acostumbrada y el aire más ligero de lo que jamás había sentido. Aquí no hay miedo, ni gritos, ni cadenas. Todo está hecho para que sea ella misma, sin restricciones, sin órdenes, sin imposiciones.

En este mundo, la familia no es una autoridad estricta, ni una habitación cerrada que exige obediencia sin corazón. No es el robo de la infancia bajo el nombre del matrimonio. Aquí, la familia es un abrazo verdadero: la levanta cuando la vida la pesa, la protege de todo daño y siembra seguridad en cada gesto. Aquí la niña ve la familia con la que soñó: una madre que enciende calor en su corazón, un

padre que sabe cuándo sonreír y cuándo callar para darle seguridad, hermanos que la apoyan, tíos y tías que respetan cada palabra, cada sentimiento y cada decisión suya. Nadie la hiere, nadie le impone nada, nadie hace que su corazón se llene de culpa o miedo. Todos están con ella, no contra ella. Todo su amor es sincero; todo cuidado es elegido, no impuesto.

Entra en su habitación y abre su armario: colores vivos, vestidos y bolsos, zapatos y pañuelos, todo lo que desea, sin restricciones, sin críticas, sin burlas. En sus sueños, cada prenda que elige refleja su libertad; cada color que escoge refleja su personalidad; cada paso con su ropa favorita la hace más fuerte, más segura y más feliz.

Se sienta en su escritorio, con sus libros frente a ella.

Aquí nadie le impone qué estudiar, nadie decide por ella, nadie le dice «así debes ser». Cada lección, cada página, cada idea la elige por sí misma. Literatura, ciencias, artes, música... todo lo que llena su corazón de alegría y aprendizaje; todo lo que expande su mente, hace volar su espíritu y tranquiliza su alma.

En el trabajo también elige lo que ama. No se sienta en una oficina que la agota, ni realiza tareas sin sentido. Trabaja para sentir logro, para que su trabajo tenga significado, para que la vida tenga sabor, para que su espíritu tenga valor. Cada éxito, pequeño o grande, es testimonio de su voluntad, su fuerza y su independencia.

El amor aquí es diferente. Ella elige a quien ama con libertad, y quien la ama también la elige libremente. Sin imposición, sin amenazas, sin injusticia, sin comparaciones. Cada palabra, cada gesto, cada mirada está basada en el respeto y el amor verdadero. No hay miedo a ser abandonada, ni dolor por ser reemplazada, ni sensación de inferioridad. Aquí el amor es genuino, libre y puro.

Pero lo más hermoso es la seguridad familiar completa. La familia la ve como soñó: la protege, la abraza y cuida su corazón y su alma. No es una familia que impone, amenaza o hiere, sino que brinda toda la protección para que crezca, elija, ame, aprenda y viva. Cada palabra, cada mirada, cada gesto le recuerdan que no está sola, que su corazón y

sus sueños son respetados, y que el mundo puede ser un lugar amable como ella desea.

En sus sueños, la vida está libre de violencia. No hay gritos, ni miedo, ni dolor. Todo es limpio, seguro y posible tal como lo imagina. Allí puede ser una niña completa: libre, protegida, elegida, amada, capaz de aprender, trabajar y decidir sin restricciones, sin presiones, sin temor.

Cada noche, cuando cierra los ojos, vive este mundo: libertad, amor, elección, protección y paz. Sus sueños le dan la fuerza para enfrentar la realidad, para entender que el dolor no es el final, que la libertad existe, que el amor verdadero puede encontrarse y que una familia que abraza y protege es posible.

Se despierta cada mañana con lágrimas mezcladas con una sonrisa. Las lágrimas de ayer que guardaron su miedo, las lágrimas de hoy que le recuerdan su sueño, y la sonrisa del mañana que le promete que luchará por una vida que se parezca a ese sueño, paso a paso. Sabe que soñar no es huir, sino un mapa del alma, una promesa de no aceptar menos de lo que merece, y de proteger su corazón hasta alcanzar la libertad, el amor y la paz que anhela.

En cada sueño aprende que: la libertad no es solo una palabra, sino una vida que se vive; el amor no es imposición, sino elección; la familia no es solo sangre, sino contención y seguridad; la elección es únicamente suya, y la educación y el trabajo son

derechos, no obligaciones impuestas por otros. La vida que le fue negada en la realidad existe en su corazón y puede empezar algún día, aunque sea con un pequeño sueño.

Así, los sueños se convierten en algo más que un escape: se convierten en un punto de luz en la oscuridad, una promesa de ser fuerte, libre, protegida y amada, y de que la vida puede darle lo que la realidad nunca le dio.

Pero la realidad no fue así...

Perdí mi infancia a los trece años cuando fui obligada a casarme. Me arrebataron mi muñeca de las manos y me entregaron a un hombre que no parecía humano, sino un depredador. Viví golpes, violaciones y abusos que la palabra «violencia» no puede abarcar.

Tuve tres hijas, y por ser niñas, me consideraba maldita a sus ojos. Cuando nació mi hija menor con discapacidad auditiva, la violencia aumentó. La encerraban en una habitación durante las visitas, le prohibían jugar, y nadie debía conocer su discapacidad. Incluso intentaron deshacerse de ella.

Mi madre lloraba por mí en silencio, pero no tenía manera de ayudarme. Ella también era víctima de una violencia aún más dura, rota por dentro y gravemente enferma, y su enfermedad se intensificaba con el tiempo. Mi padre y mi hermano estaban de su lado.

Desde el inicio de mi dolor, un amigo de la infancia

estuvo a mi lado. Fue mi apoyo, quien hacía más llevadero mi sufrimiento, quien me escuchaba sin juzgar. Después de años de dolor, decidió que era suficiente. Preparó mis documentos en secreto, organizó todo, compró el permiso de viaje para mi hija y planificó mi huida paso a paso. Fue lo más hermoso que Dios me ha dado en la vida. Pero un mes antes de mi viaje... falleció. Fue un golpe que me sacudió por dentro. Me pregunté muchas veces qué era más difícil: ¿perderlo o quedarme en la violencia con él vivo? Lo extraño profundamente y mi corazón le guarda gratitud eterna.

Huí con mi hija menor y llegué a un lugar seguro. Hoy mi hija oye, acude a sus citas médicas para poder hablar, y su vida empieza a florecer. Pero mi corazón sigue allí... con mis otras dos hijas que dejé atrás. No las dejé por falta de amor, sino porque las circunstancias me obligaron a llevar solo a la pequeña. Mi madre, muy enferma, intenta protegerlas. Mi hermana hace lo imposible. Pero la presencia de su padre, de mi padre y de mi hermano hace que la protección sea insuficiente. A veces no se evita el maltrato, ni se detienen las palabras crueles.

Mi hija mayor lleva meses sin hablarme. Le dicen que la abandoné. Eso es lo que más rompe mi corazón. Intentó suicidarse dos veces. Mi corazón está allí con ellas, con lo que sufren de golpes, insultos y mentiras sobre mí. No puedo intervenir ahora. Realmente deseo poder traerlas pronto a España para reunirnos

en un lugar seguro y libre.

Mi consejo: recuerda siempre que aceptar la violencia —sea cual sea su forma— hace que otros la vean como normal y la repitan. Huir del dolor es salvación; soportar el daño es un camino oscuro que se transmite a los hijos, a los amigos y a todos los que presencian tu silencio.

Tu voz no es vergüenza. Tu grito no es escándalo. Pedir ayuda no es debilidad. El lugar donde pierdes la seguridad no es un lugar digno para ti. Las costumbres y tradiciones no justifican el crimen ni te devuelven a una historia que desgarraste con lágrimas. Volver a tu verdad no es derrota, es fuerza... un paso de salvación para otros antes que para ti misma.

Has vivido dolor, traición y lo insoportable... quizá estuviste al borde de apagarte o de perder las ganas de seguir. Aun así, recuerda: tú no eres débil. Débil es quien usa la violencia para convencerse de que es fuerte.

Di: no. Dilo con firmeza, sin miedo y sin vacilar. Haz de tu dolor una puerta hacia la salvación... no una prisión que se repite cada noche. Tu vida no ha terminado. El alma renace cuando encuentra libertad, cuando elige su camino, su futuro y a quienes merecen caminar a su lado. Di no... es el inicio de la salvación para ti y una luz para otros.

Y no puedo olvidar agradecer a Laura, mi terapeuta. La vida es como escaleras: ella fue las escaleras rectas de la vida, medicina, sanación y superación del dolor; logró que creyera lo increíble y sacara el dolor de mí, haciéndolo mucho más liviano de lo que realmente era.

Si hoy sigo viva, no es exageración literaria, es una verdad profunda. Fue mi sostén cuando no encontré apoyo en la familia ni en los parientes. Fue el oído que escucha sin juzgar y la mirada que ve más allá de las palabras.

